

Lo comunitario como metáfora de plenitud¹



Agostino Brunias / *Una familia caribe en la isla de Saint Vincent* / c. 1730–1796 / óleo-tela / 56 x 61 cm

Recibido: 12-06-2023
Aceptado: 18-08-2023

Anderson Jaimes Ramírez²
Museo del Táchira, Venezuela
Grupo de investigación Bordes, Venezuela
andersonjaimes@gmail.com

Resumen: La androginia se ha presentado como una vieja utopía de la civilización occidental que centra sobre el individuo único e indivisible y por ello pleno, la idea de la perfección humana. Sin embargo, este imaginario no es el único, a pesar de haber sido impuesto dentro de la colonización cultural hecha desde el llamado viejo continente. Otras culturas encuentran esta plenitud originaria o trascendente, en la vida comunitaria. Es la comunidad donde se encuentra el sentido de la vida y de la existencia. Esta supone el conocimiento y reconocimiento en una relación de muchos de la cual formamos parte en igualdad de condiciones. Un sentido de la vida que en América Latina ha tenido una particular reflexión.

Palabras Claves: Comunidad; Occidente; Androginia; Individualismo; Comuni3n.

1. Ponencia presentada en el **XIV Seminario Bordes: El andr3gino, para3sos perdidos y anhelo de plenitud**. Celebrado los d3as 17 al 19 de agosto del 2023 en la ciudad de San Crist3bal, Táchira- Venezuela. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=JqJ13NUmWzM>

2. Licenciado en Teolog3a y Filosof3a (Universidad Cat3lica Santa Rosa, Caracas), Magister en Etnolog3a (Universidad de Los Andes, M3rida), Estudiante del Doctorado en Antropolog3a (Universidad de Los Andes, M3rida). Facilitador en el Diplomado de Formaci3n en Patrimonio Cultural y Arqueolog3a. C3digo ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0349-8233>.

The community as a metaphor for fulfilment

Abstract: The androgyny has been presented as an old utopia of western civilization that centers on the single and indivisible individual and therefore full, the idea of human perfection. However, this imaginary is not the only one, although it has been imposed within the cultural colonization made from the so-called old continent. Other cultures find this original or transcendent fullness in community life. It is the community where the meaning of life and existence is found. This presupposes the knowledge and recognition in a relationship of which we are part on an equal footing. A sense of life that in Latin America has had a particular reflection.

Keywords: Community; West; Androgyny; Individualism; Communion.

I. En el Principio

La utopía tiene una esencia imaginativa. Por eso se encuentra tan cercana a la poesía, pero también al mito e incluso a la filosofía. Son tres las narrativas que más parecen poseerla: la nostalgia, la esperanza y la felicidad. Desde aquí se pueden identificar dos grandes tendencias que se construyen sobre lo anterior. En primer lugar, una forma de marcado acento individualista, donde la utopía se construye, sobre la plenitud personal y donde un individuo autónomo y poderoso constituye la imagen más perfecta. La androginia, al modo como lo explica Platón en su *Banquete*, parece ser la más viva encarnación de esta metáfora. Y, en segundo lugar, unas narrativas donde el énfasis se coloca sobre lo comunitario y donde ya no es el individuo total sino la convivencia de muchos en una gran armonía, la que convierte a la plenitud, como su imagen más acabada.

Muchas utopías apuntan a reconocer un estado prístino de los hombres y la humanidad, que por diversas formas se pierde, generando el mundo tal cual lo conocemos. Es la idea de que hubo un principio donde se vivió una felicidad perdida. A este estado primero, ideal, ubicado en el principio de la historia del mundo, muchas narrativas lo han conocido como la edad de oro. Una época pasada como imaginario de condiciones para que la humanidad fuera dichosa, ilusión de una desaparecida felicidad primigenia.

La idea parece provenir de la mitología griega, se ve reflejada claramente en el poema *Los trabajos y los días* de Hesíodo. También aparece esta Edad de Oro, dentro de los mitos de la etapa inicial de las edades del mundo, donde se ve reflejada como el estado ideal de una humanidad pura e inmortal. Esta edad va a terminar debido a un acontecimiento devastador.

Ovidio, en *La Metamorfosis*, la identifica como la época en que Saturno gobernaba el cielo y el hombre había recién creado. La Edad de Oro se encuentra también en la mitología Sumeria donde, al igual que en Grecia, le sucede la edad de hierro. Los vedas presentan también las cuatro edades: la prístina de oro (satia iugá), la de plata (tieta iugá), la de bronce (dwapara iugá) y la de hierro (kali iugá). Tras la edad de oro, se encuentra el rechazo del

mundo en que se vive y la idea de purificación mediante catástrofes para retornar a esa edad primigenia.

Extinguida la edad de oro los poetas imaginan lugares deleitosos, parajes naturales o sitios creados para tal fin, que permiten experimentar algo de la gracia perdida de ese mundo original. La Acadia, antigua región griega, sirvió para ubicar un país imaginario creado y descrito en el renacimiento y el romanticismo. Allí reina la felicidad, la sencillez de la vida, la paz. Lugar idílico habitado por pastores en armónica comunidad con la naturaleza. Para Virgilio, así lo dice en sus *Églogas*, es el territorio del dios Pan, floresta virgen donde vive con su corte de dríadas, ninfas y espíritus del bosque. Este lugar va a generar otro imaginario, el del buen salvaje.

Del deseo de retornar a esta Edad de Oro nace una particular forma de poesía, mitos y creencias. Estos son los que van a permitir el florecimiento de las Religiones místicas como medio para alcanzar otro mundo sereno y feliz. Estas se van a caracterizar por una transmisión de conocimientos hecha desde la experiencia. Son misterios que no se plantean explicitar y comprender. Los detalles doctrinales se van a intuir a través de la vivencia del rito y no mediante la palabra o la razón. Misterio viene del griego “mysterion” y el latín “mysterium”, que significa secreto, rito o doctrina.

La Epopeya de Gilgamesh, El libro de los muertos, Los misterios de Eleusis, culto de Dionisos, culto de Orfeo, Cibeles, Mitra, Isis – Osiris, son algunas religiones místicas practicadas fuera de Grecia. Todas apuntan hacia ese mundo de oro al que se accede por ritos y disciplinas iniciáticas. La importancia de ellas para el creyente, es muy bien señalada por Cicerón en *Las Leyes* cuando dice que; en las iniciaciones hemos encontrado auténticos principios de vida y hemos recibido normas para vivir alegremente y para morir con esperanzas.

Pero la Edad de Oro no solo planteaba el retorno al pasado, el vivir deleitoso y natural o el acceso a su vivencia tras el develamiento de los misterios. También podía suponer su reconstrucción en comunidades humanas del presente, donde se construiría una nueva era de bienes morales y políticos. Esto se puede hacer de muchas maneras, aunque algunas civilizaciones que sintieron que en establecer esa nueva era consistía su misión en la historia, usaron primero la fuerza que la persuasión. Así, Esparta exalta la bravura guerrera como la única excelencia del hombre, crearon una vida arreglada y un gobierno ordenado que no logró modificar la íntima condición humana. Pitágoras buscaba, por su parte, persuadir a sus conciudadanos de las maravillosas propiedades de los números. Supuso que

el camino de ese nuevo mundo se hacía desde el conocimiento de las secretas propiedades de números, ecuaciones y funciones. En la matemática estaba el orden del mundo, de allí se deriva hacia quien conociera y manipulara los números, un supersticioso respeto. Este pensador de la nueva edad de oro, le dio por imaginar en los números se encontraban significaciones ocultas y virtudes éticas y metafísicas.

Otra vía fue la de inventarse un Estado. Texto fundamental de esta idea lo constituye *La República* de Platón. El filósofo va a trazar la ciudad ideal, La República y el país. Esto supone, entre muchas cosas, pensar la división social del trabajo, la educación, las artes, la música y la poesía. Pero también el mandato de la ciudad, su organización social, la distribución de la riqueza y la pobreza. Hasta el adecuado uso del vino y el trato a turistas y visitantes no escaparon de las reflexiones platónicas.

Su república tenía además una política de salud, una doctrina sobre la guerra y hasta una consideración particular de lo que se consideran los bienes de los ciudadanos y hasta una perspectiva del papel de los géneros en la vida social. Paradigmas del modelo fueron los dioses y religión por los valores que estos representaban. Así se fundieron la edad de oro y la realidad, en una ciudad presente en que se vivía como en el pasado ideal. El reino de la Atlántida la primera imagen de esta índole, desde entonces las islas han sido el lugar predilecto para asentar en ellas las utopías.

II. Paraísos Perdidos

La idea de un paraíso perdido, equivalente a la ya señalada Edad de Oro, se va a encontrar en las culturas de los pueblos semitas. Este se encuentra relacionado con la aspiración de una recompensa terrenal por las buenas acciones y la fidelidad a los valores fundamentales que sustentan sus cosmovisiones. En ella, la sencillez de la vida pastoril como ideal que se va a contraponer a la opulencia, la impiedad y la corrupción de las ciudades que comenzaban a formarse en esos antiguos territorios, “*paraos en los caminos y mirad, preguntad por los senderos antiguos*” (Jer. 16,6), es la recomendación de los sabios y jueces para no extraviarse en las tentaciones del nuevo género de vida que ofrecen los centros urbanos con sus palacios y reyes.

Yahveh, uno de los dioses del panteón de estos pueblos que pronto va a aparecer como el principal y el único digno de toda adoración. Él va a guiar a su pueblo elegido hacia la felicidad. El pueblo, a pesar de los gritos y amenazas de los profetas, van a proyectar la imagen divina sobre los reyes, especialmente en el rey David. Ya para el siglo VII aC, las advertencias proféticas, las



Gustave Doré
ilustración de
El paraíso perdido
de John Milton
(detalle)

apostasías, la opulencia, la corrupción aparecen como manchas de su vida común. Acontecimientos de violencia cruel y sufrimientos se avivan en una literatura misteriosa de terribles visiones y advertencias. Pero en medio de ellas aparece una extraña y controversial figura cargada con la esperanza de un futuro mejor: el mesías.

Juicio y resurrección, espera del bendito ungido por Dios, la esperanza mesiánica y poderosas imágenes escatológicas, van a caracterizar este género de escritura apocalíptica. Muestra de ellos los constituyen los libros, en su mayoría apócrifos, es decir fuera del canon del Antiguo Testamento, de Enoc, Esdras, El Sibilino, El Testamento de los 12 Patriarcas, Simeón, Jubileos, La Asunción de Moisés, Baruc... Mientras tanto los Esenios de Palestina aparecen como una organización comunitaria que hace vida sobre estas esperanzas mesiánicas convencidos de vivir en tiempos apocalípticos. Ellos serán los que conformen y preserven los *Rollos del Mar Muerto*, encontrados en 1947. Son descritos por varios cronistas, como Filón de Alejandría, Flavio Josefo, Plinio el Viejo, entre otros.

Este ungido parece concretarse, para algunos, en la figura de Jesús de Nazaret. Su mensaje es la “metanoia” o conversión, que supone el perdón, la piedad, la equidad con los pobres, la vida en comunidad de bienes que sería la prefiguración del ya próximo Reino de Dios. La comunidad cristiana sería así, la imagen de la vida en el más allá. Y todo esto supone una adecuada mirada a la utilización de los bienes materiales, su justa distribución, la propiedad de estos y la valoración de la pobreza como un valor evangélico.

En los padres de la iglesia comienza a darse una sistematización de estos temas. La misma se da como consecuencia de que ese reino de Dios que se instalaría inmediatamente después del fin del mundo y cuyo advenimiento era esperado con la seguridad de que solo pocos años separaban a los primeros seguidores de Jesús de este período escatológico, se dilataba en proporciones inimaginadas. Por ello, preocupaciones propias de la vida volvieron a ser temas de reflexión ante estos valores enseñados por *El Mesías*. En muchos textos patrísticos será recurrente la idea de que nada es nuestro. Todo lo que podamos poseer es dado por Dios para un uso ponderado y equitativo. Por encima de las necesidades propias debe ubicarse el interés común de la sociedad.

Una respuesta a este llamado de no poseer bienes y de hacer una vida en común se va presentar en el monacato cristiano. En este se va a observar un proceso que se inicia con la soledad de los anacoretas y místicos que apartados del mundo esperan en medio de una radical disciplina física y

espiritual, el fin próximo del mundo y la recompensa ultraterrena Reino de Dios. Pronto se va a hacer necesaria una reconsideración de esta disciplina individualista, inspirada en Pancomio. Una propuesta de una disciplina de salvación y vivencia de los valores del reino vas a sustentar la disciplina de Basilio. Una nueva reforma, implementada por Benito de Murcia (480 – 547), va a reglamentar esa vida en comunidad de los cenobitas.

La vida conventual y la disciplina de las órdenes religiosas se van a inscribir como una reacción contra el statu quo y como modelos de una nueva sociedad construida desde los valores evangélicos. Pronto se van a convertir en fuente de inspiración para mundos ideales y felices que se podrían implantar en la tierra. Sin embargo, también generaron múltiples corrientes e interpretaciones de la vida y la doctrina religiosa que fueron consideradas como heréticas. Ejemplo de esto fueron movimientos, místicos y pensadores cruelmente perseguidos: Gnosis, Ebionitas, Cerinto, Cainitas, Carpócraticos, Adanitas, Berbelo, Basílicos, Carpócrates, Valentín, Marción, Maniqueísmo, Donatistas, Iconoclastas, Motano, Pelagio, Malasianos, Cátaros, Papías, Justino y un largo etc.

Al afianzarse las lenguas vulgares, se derrumban las murallas lingüísticas que encerraban el legado de la antigüedad y la palabra de dios en unas minorías cultas. Estos bienes son entonces, volteados y expandidos sobre las masas, dándose inicio a profundas agitaciones populares. Es la época de los predicadores mendigantes que comienzas una secular cruzada contra los privilegios, como las de los franciscanos John Bromyard y Nicolas Bozón. Aparece también radicales reinterpretaciones de los temas políticos y morales en las palabras de Fernán Pérez de Guzmán, el Arcipreste de Hita, Juan Ruiz, Ruy de Ribera, Ferrán Sánchez de Calavera, Pedro López de Ayala, Juan Ball, Fernando del Pulgar. Todo esto en medio de grandes conmociones populares influenciadas por los movimientos mesiánicos y milenaristas, que acompañaron la crisis y agitación surgida ante la reforma protestante.

Este agitado contexto será el origen de muchas fábulas e historias que serán el soporte de nuevas utopías que no serán otra cosa que una crítica solapada a la Europa de los siglos XV y XVI. De allí surge el “País de la Cucaña”, alusión a la vida de holgazanes y glotones que llevaban muchos monjes dentro de sus conventos, llamados Jaujas en el poema “Le Roman de la Rose” de Juan de Meun. Las islas vuelven a aparecer como el lugar propicio para ser sede de estas narrativas, islas fantásticas como la de san Barán, Antilia, Brazil, Mayda, Brahamanes, Abraxa. También se le dan nuevas lecturas a los sitios narrados en libros de viajes escritos por peregrinos, mercaderes, cruzados y misioneros.

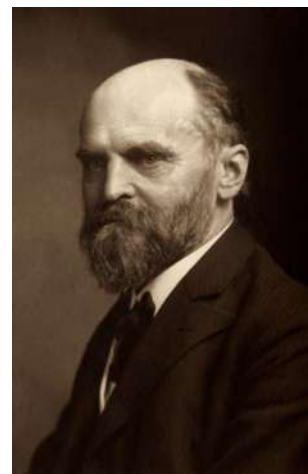
Es por esto que las obras de Tomás Moro y de Vasco de Quiroga, son en realidad una crítica a los vicios europeos y la propuesta de unas nuevas formas de comunión bien organizadas. Esto supone la propuesta de reformas sustanciales en la sociedad, en medio de una crítica a la sociedad de su tiempo que quisieron hacerla jocosa, pero que en realidad llevaba más amargura que chiste. Hasta América se extiende esta literatura utópica, la *Corónica del Buen Gobierno* de Guamán Poma de Ayala en una de estas utopías pensada desde las comunidades mestizadas del nuevo mundo.

III. Anhelos de plenitud

Ferdinand Tönnies, filósofo alemán (1855-1936), definirá a la comunidad como el conjunto social orgánico y originario opuesto a la sociedad. Esta tiene una vida real y orgánica, recíproca de acción entre agente y paciente, al decir de Kant. Esta constituye la base de la sociabilidad del hombre y remite a lo orgánico, lo natural, a la vida fundamental. En contraste se encuentra la sociedad, la cual es artificial o contractual, surge de la necesidad que tienen los hombres para llegar a acuerdos sobre la forma de asociarse. Por ende, es mecánica, racional, conformando un conjunto entorno a unos fines acordados. En ellas se van a constituir unas formas de psicológicas propias, así como un modo social y económico determinado por su modo de vida y relaciones.

Las utopías políticas aparecen entonces en este interregno haciendo énfasis ya sea en la comunidad o en la sociedad. La corriente anarquista de pensamiento va a hacer énfasis en lo comunal. se propone la abolición del estado y su sustitución por comunidades autónomas y libres de cualquier tipo de autoridad impuesta por la fuerza sobre los individuos. Se desprende del pensamiento de Proudhon y Bakunin. Con un énfasis en lo social se va a constituir la propuesta de la Dictadura del Proletariado, concepto marxista de una sociedad donde la comunidad de los proletarios tiene el poder político del Estado, que antes había sido ocupado por burgueses y capitalistas. Esta dictadura en parte de una gran utopía que supone el llevar los valores comunitarios al Estado para implantar el socialismo. Esta forma de gobierno posibilitará el cambio de estructuras y organización hacia formas comunales, varias comunidades organizadas y cohesionadas constituyen una comuna. Esta organización social comunal sin estado, será llamada comunismo.

En la historia de los XIX y XX se van a reconocer varios intentos fácticos por hacer realidad estas utopías. La Comuna de París de 1871, es una mezcla



Ferdinand Tönnies
(1855-1936)

de estas dos corrientes. El pueblo alzado en armas expulsa la nobleza y burguesía dirigente para formar su propio ayuntamiento con representantes de los barrios y sectores sociales de la ciudad de París, formando un gobierno que buscó la autogestión de la ciudad y la laicidad en sus valores. Muy pronto, a sangre y fuego, terminaría esta experiencia.

Entre 1917 y 1927 estalla la Revolución Rusa. Durante una primera fase, fueron los Soviet, comunas de campesinos y trabajadores, los protagonistas de la Revolución Bolchevique, cuyo lema era precisamente “todo el poder a los Soviet”. Debilitados profundamente tras la Guerra civil, estas organizaciones se fueron diluyendo dentro de la burocracia de un poder central de lo que sería una especie de partido-estado de corte stalinista, por aquel que sobre su persona hizo construir las intrincadas tramas del poder. En el 27 es en China donde, desde el estado comunal de Yeran, se extienden organizaciones comunitarias, armadas y subversivas. Se inicia una guerra permanente o guerra de guerrillas que, inspirada en el modo taoísta de los flujos energéticos, fue liberando los numerosos territorios de este inmenso país. Tras la muerte de Mao, se impone la industrialización desde la planificación y control del partido y un capitalismo de estado.

Marx considera que el sistema capitalista es anti-comunitario: “*El intercambio de mercancía* (fetichizada, producto de la explotación comunitaria) *comienza donde terminan las identidades comunitarias, en sus puntos de contacto con otras entidades comunitarias, o con miembros de estas* (Marx 2017 [1867], p. 107) “*por tanto el verdadero ser comunitario es la esencia humana, los seres humanos ponen en acción su esencia, crean, producen la comunidad humana*” (Marx, 1974, p. 88).



Karl Marx
(1818-1883)

IV. La Otra Mirada

La verdad occidental no alcanza para comprender la lógica de los pueblos originarios. La subjetividad de lo real y por ende de lo verdadero, se basa en la vieja sentencia escolástica inspirada en la filosofía aristotélica “*adecuatio rei cosa*”. Todas las reflexiones se van a desarrollar bajo un criterio estrictamente eurocéntrico. es decir, la producción europea tiene pretensiones de universalidad ya que sólo ellos poseen la clarividencia de formular la verdad. Las otras formas de pensamiento sencillamente son rechazadas, tildadas de falsedad, visibilizadas o apropiadas y presentadas como producto de lo europeo.

La lógica de los pueblos originarios no es la búsqueda de la verdad occidental, sino encontrar el sentido de la existencia a partir de una lectura de lo real. Y un saber que consiste en ordenar este sentido desde el cosmos, es decir desde el universo entendido como un todo y desde el mundo, que se compone de la totalidad de todas las experiencias. El mito se convierte en la expresión más acabada del conocimiento ancestral. Este es un relato relacional formulado desde los símbolos, re leído constantemente creciendo en sentido. Siempre con un sentido de vivencia comunitaria, donde cualquier hegemonía de lo individual es simplemente impensable, no existe.

Las divinidades arawakas provienen de unas largas genealogías de dioses que se confunden en una vida de comunidad cósmica y estelar que se han trasladados a la tierra en animales y seres humanos dotados de especiales poderes, los héroes culturales. Napiruli crea a los seres humanos a imagen de los dioses que habitan las pléyades. Maitxablé, roba a Kasana Podole, el zamuro real de dos cabezas, las semillas de maíz que entrega a la novel humanidad. En los mitos creadores de los pueblos caribes, los dioses crean siempre en grupo o comunidad: Amalivaca, su gemelo Vochi y sus hijas cran junto a los tamanacos, sus equivalentes en otras etnias serían Makunaima y Manápe. Los héroes culturales chibchas descienden del cielo a enseñar la vida de comunidad. Se esconden, tras la invasión española, en las lagunas donde viven en comunidades que pueden ser visitadas por los algunos descendientes de su creación.

En la cultura ancestral de los pueblos originarios del Táchira se puede observar esta vocación comunitaria que ha permeado la cultura tradicional. De los grupos chibchas una organización espacial comunitaria con un centro en un centro ceremonial y de intercambio de bienes desde donde se establecen redes solidarias entre las comunidades que allí se encuentran, a la manera de una planta de auyama. La confederación de pueblos arawakos se caracteriza precisamente por los altos intercambios dentro las comunidades a través de grupos especializados en religión, política y economía. Mientras que los caribes establecían puntos de intercambios para el encuentro con grupos que se encuentran en territorios distantes.

Gracias a esto y a pesar de los procesos de genocidio y memoricidio de estos pueblos, hoy los grupos vivos que aún conservan memoria cultural de sus ancestros conservan modos organizativos comunitarios. Estos están contruidos sobre el reconocimiento de las diversidades internas y externas. Se tratan de formas de reciprocidad, solidaridad y consenso que supone el trabajo en equipo, jefaturas comunitarias horizontales contruidas en consulta

permanente, para corregir y adaptar la praxis desde el presente para salvaguardar el futuro. Otros elementos son: el buen uso del lenguaje, sin posturas o actitudes histéricas, sin imposiciones violentas ni de cualquier tipo, sin engaños ni mentiras, dentro de la ritualización de cada uno de los aspectos de la vida diaria para darle un sentido de trascendencia a cualquier acción y palabra.

Aunque suene paradójico, la palabra “Comunidad” es una noción proveniente de la tradición moderna occidental, producida por la cristiandad latina. Se remite, para esto, al modo de vida de los apóstoles y los primeros discípulos:

(...) perseveraban en oír las enseñanzas de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración... y todos los que creían vivían unidos, teniendo todos los bienes en común, pues vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según las necesidades de cada uno. (Hch.2, 42-45)

A pesar de las transformaciones del cristianismo a lo largo de la historia, aún conserva algo del ideal manifiesto en aquel modo de vida.

Los contenidos que supone el término comunidad, estaban ya presentes en los pueblos originarios de América, incluso de otros continentes. Estos se apropiaron de ella para depositar el sentido de vivir en comunidad, un vivir propio del Ayllu muy anterior al período colonialista europeo. Un modo de existir que supone en todo momento la preservación y expansión de la vida, con relaciones recíprocas y solidarias, que hacen de la existencia un lugar de merecimiento y responsabilidad. Todo esto con una lúcida autoconciencia del sentido que tiene el vivir, donde la naturaleza es la madre de todos y los ancestros son convocados como parte de la memoria y como fuerza de transformación.

La teología de la liberación, pensamiento fundado desde la experiencia eclesial latinoamericana, parte desde la valoración del principio de comunidad, haciendo referencia a la comunidad primitiva cristiana y a su forma de convivencia o comunión. A partir de esta forma ideal de vida en comunidad, se proyecta hacia los pobres de Latinoamérica el servicio y la opción preferencial de la pastoral de la Iglesia. No cualquier comunidad es cristiana y deseable, pero sí aquella que surge alrededor de los crucificados, los pobres y marginados, de este mundo.

Ante el uniformismo que reinaba en la iglesia antes del Concilio Vaticano II, la teología de la liberación propone un pluralismo, inspirado en

los carismas que fomentan la comunión y evitan la desunión. La comunidad se convierte así, en ese espacio de solidaridad que se contrapone a los conflictos y a la desunión o división., sublimado en los discursos religiosos del conflicto y la lucha entre el dios de la vida y los ídolos.

Constructo político que parte de todas estas consideraciones es el llamado proyecto comunal. El mismo propone la construcción de una nueva subjetividad, sobre el ideal de la comunidad como alternativa al modelo civilizatorio de la modernidad. Un proyecto enmarcado desde los procesos y propuestas de descolonización que supone el cuestionar y hacer desaparecer los valores egoístas, cuestionando teorías y argumentos que han objetivado las relaciones humanas. La comunidad es entonces la clave central de todas las transformaciones, espacio de nuevas relaciones y maneras de organización, espacio para generar una cultura de participación donde se genere un nuevo sujeto comunitario. Considera, para lograr esto, la importancia y presencia en forma de resistencia cultural, de la enorme cultura comunitaria heredada ancestralmente y que se coloca en contra del individualismo autista de la humanidad que tiene relaciones construidas sobre la objetivación del otro y de la naturaleza.



Pedro Centeno Vallenilla
El cono de la abundancia
Óleo sobre tela
192.5 x 728 cm

A manera de conclusión

Occidente se ha construido sobre la voluntad de dominio negadora de la otredad. Esta no sólo ha sometido a la humanidad a la explotación, sino que hoy amenaza la continuidad de la vida. Esta “racionalidad”, centrada en el egoísmo e individualismo, reclama la producción de otra forma de vida en la cual sea posible la existencia de todos, incluyendo la naturaleza.

De esta manera la comunidad supera la plenitud individualista deseada por la androginia. La comunidad resuelve los conflictos desde el reconocimiento del otro y sobre esto se vuelca la vida comunitaria. Nada más alejado que la imposición de formas individualistas de la metáfora del andrógino, comunidad es preservar la vida, lo segundo violencia y discriminación de pocos sobre muchos.

Referencias bibliográficas

- Bautista, Juan (2018). *¿Qué significa pensar desde américa latina? Hacia una racionalidad transmoderna y postoccidental*. Monte Ávila, Caracas.
- Bautista, Rafael (2014). *La descolonización de la política, introducción a la política comunitaria*. Plural editora, La Paz.
- Dussel, Enrique (1995). *Filosofía de la liberación*. Nueva América, Bogotá.
- Dussel, Enrique (2011). *Política de la liberación. Arquitectónica*. El perro y la rana, Caracas.
- Ferrater, José (2004). *Diccionario de filosofía II*. Editorial Ariel, Barcelona.
- Ferdinand, Tonnies (1987). *Comunidad y sociedad*. Editorial Losada, Buenos Aires.
- Hinkelammert, Franz ((2002). *Crítica de la razón utópica*. Desclee, Bilbao.
- Marx, Carlos (1974). *Cuadernos de París*. [Escritas entre 1843 a 1845, fueron publicadas póstumamente en 1932]. Editorial Era, México.
- Marx, Carlos (2017 [1867]). *El capital. Tomo I*. Siglo XXI, México.
- Pardo, Isaac (1983). *Fuegos bajo el agua, la invención de la utopía*. La casa Bello, Caracas.
- Sobrino, Jon. Ellacuría, Ignacio (1990). *Misterium Liberationis, conceptos fundamentales de teología de la liberación. Tomo II*. Editorial Trotta, Madrid.